

SERMÓN
DE LA NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARIA

PREDICADO

EL 8 DE SEPTIEMBRE DE 1885

en los solemnes cultos que el Excmo. Ayuntamiento de la Ciudad de
Valladolid dedica á su Excelsa Patrona, bajo la advocación

DE NUESTRA SEÑORA DE SAN LORENZO

en la iglesia parroquial de este nombre.



Qui elucidant me, vitam aeternam habebunt.

Los que me esclarecen tendrán la vida eterna.

(Libro del *Eclesiástico*, capítulo XXIV, vers. 31.)

VIRGEN pura y sin mancilla de la afortunada Judá, Reina excelsa y clementísima de la celestial Jerusalén, Santa Madre de Dios y amorosa Madre mía, bendita seas! Yo vengo hoy delante de tu altar, al frente de un pueblo atribulado que te invoca y te ama, y antes queremos ofrecerte los suspiros del corazón que los homenajes de nuestro entendimiento y las adoraciones del espíritu. En este instante supremo no hay bajo las sagradas bóvedas sino inteligencias creyentes y corazones conmovidos; ojos que humedece el llanto, seres que acrisoló el infortunio, labios que murmuran plegarias, almas que elevan al cielo la ofrenda de sus acciones eucarísticas. Todos, como avejillas sin defensa á vista del peligro, acudimos á buscar las alas de nuestra Ma-

dre: que nuestra fe te vislumbra orando por nosotros ante el Solio del Altísimo; te mira presentar ante el Trono del Cordero los títulos de tu Maternidad divina, en demanda de nuestra salvación y nuestro bien. ¡Fulgida estrella de la Antigua Alianza, Virgen Inmaculada María, Madre del Verbo Encarnado y de las generaciones redimidas, bendita seas mil veces!

Excmo. Señor: es éste el santo entusiasmo de los corazones vehementes, cuando se ha roto el dique que contenía las efusiones de su amor, y yo acabo de expresarlo con mi lengua, tal como me imagino verlo brotar de vuestro espíritu. ¡Oh! Es bello y arrebatador ver que venimos andando un camino de diecinueve siglos; que pasamos por las ciudades, por los bosques, por los mares; que preguntamos á todos los corazones, y que en todas partes escuchamos las bendiciones que se elevan á esa privilegiada criatura. Ella es quien ha prodigiosamente realizado aquella ficción de los poetas gentiles, que figuraban á la diosa Juno suspendida en los aires, recogiendo mercedes del cielo para difundirlas sobre la humanidad necesitada. «Óleo derramado fué su Nombre, y los corazones rectos la amaron (1).» Ella, fuente de huer-
tos y pozo de aguas vivas, que corrían con ímpetu del Líbano (2), y su heredad le envió sus fru-

(1) *Cant.*, I, 2.

(2) *Idem*, IV, 15.

tos, sus verdores y sus perfumes; Ella, fe, esperanza y amor, y recibió las alabanzas de los ángeles y de los hombres.

Yo no intentaré, señores, en estos interesantes cultos, al ensalzar las grandezas de la Madre de Dios y al ponderar sus beneficios, no intentaré, digo, penetrar en el fondo de esa ciencia teológica, cuyos conceptos altísimos, cuyas sobrehumanas conclusiones descansan siempre en alguna premisa revelada; yo no pediré hoy á los diversos ramos de la ciencia humana el lógico encadenamiento de sus deducciones y raciocinios para estudiar los pavorosos problemas que agitan la sociedad contemporánea; yo, hasta renunciaré á recrear detenidamente vuestro ánimo con las espléndidas hermosuras de la historia de esta noble ciudad, en cuya vasta zona las colinas que la rodean, las campiñas que la enriquecen, los monumentos que la hacen famosa, los aires salutíferos que prolongan la vida, todo nos habla con misterioso lenguaje y con amor sin límites de la Religión y de la Patria. Yo hoy únicamente anhelo llevar ante María las inefables ternuras de la piedad cristiana: todo lo más delicado del corazón y el sentimiento. Yo sólo aspiro á tejer para ella una modesta guirnalda con las plantas y las flores más olorosas de los jardines místicos: el tallo de la oliva, símbolo de la dulzura y de la paz; la verde rama del cedro, emblema del alma que se eleva por el poder de la virtud; la rosa, soberana en

los verjeles é imagen á un tiempo mismo de la vida presente, fugaz y deleznable, que suspira por un reinado eterno; el lirio, en fin, la flor de los *Cantares*, flor especialmente amada del Salvador del mundo por su blancura y su pureza. Yo, en fin, cifraría hoy mi dicha en hacer de todos cuantos me oyen un solo corazón y un alma sola para ceñir esa diadema á las sienas de María, acompañando nuestros rendidos obsequios con una imitación fiel de los sublimes conciertos de la naturaleza y de la gracia, cantando, si así puede decirse, los esplendores de esa Virgen amada, con los trinos del ruiseñor, con los arrullos de la paloma, con los gemidos de la oropéndola, con el murmurio de la fuente, con el cristal de los ríos, con la ola blanda del mar, con los céfiros de la aurora, con los crepúsculos de la tarde, con la oración de los justos, con la adoración de los Santos, con las melodías de los ángeles.

Señor Excmo.: Mi corazón y mi alma se esfuerzan por dilatarse, según la conmovedora frase de San Pablo (1), para contener mayor y más pura alegría; porque el espectáculo que ofrecen las potestades de la tierra, reconociendo los mundos de lo sobrenatural y adorando la potestad divina, es un cuadro que consuela indeciblemente el espíritu en ese estado funesto de positivismo y de indiferencia religiosa por que atraviesan las actuales

(1) II Cor., VI, 11.

sociedades. Inspirándome, pues, en vuestros laudables sentimientos, y proponiéndome recoger, ya en el Misterio dulcísimo de la Natividad de María, que hoy conmemora la Iglesia, ya en la especial advocación con que veneráis en este templo á la Santísima Virgen, las más sólidas pruebas del argumento de mi discurso, intentaré probaros que «los individuos y los pueblos que aman verdaderamente á María y ensalzan sus prerrogativas y su culto, se hacen merecedores de la inmortalidad de la gloria (1).» *Qui elucidant me, vitam aeternam habebunt.*

Imploremos antes los celestiales auxilios, por la intercesión de esa amorosa Madre, etc.

AVE MARÍA

(1) Habrá de notarse al punto que este imperfecto trabajo no reúne las condiciones de un verdadero Panegírico del Nacimiento de la Santísima Virgen. La inmemorial costumbre de presentar en este día un ligero bosquejo de la historia de Valladolid y de la antigua Imagen que la ciudad venera, y algunas circunstancias de actualidad que personas respetables del mismo Municipio se sirvieron exponer al orador sagrado, obligaban á éste para que fijara su atención en muy diversos extremos, con perjuicio, naturalmente, de la unidad del discurso y de una meditación más detenida acerca del Misterio especial que se conmemoraba.

AL salir nuestros primeros padres de aquel Paraíso de delicias, donde fueron colocados por el Hacedor Supremo, sitio misteriosamente ignorado y perdido desde entonces para todas las generaciones del mundo (1), oyeron ya los transgresores de los soberanos mandatos la promesa de un Libertador celestial y el anuncio de una Virgen sin mancha, que había de cooperar con Él al rescate de la humanidad caída. Y ya todos los siglos y todas las razas de la tierra vivieron de la luz que aquella promesa despedía, de las santas esperanzas que la fe de aquellos dulces seres infundía en el espíritu.

Concretando hoy nuestro examen á la Mujer privilegiada que había de salvar al mundo, asociada al Mediador Divino, diremos que las teogonías gentílicas, no obstante haber perdido la parte más preciosa de las revelaciones del Edén, nos

(1) Véase el *Diccionario Teológico* del abate Bergier, artículo *Paraiso Terrenal*.

ofrecerán por do quiera mitos interesantes, que son verdades y bellezas obscurecidas por la idolatría y por la fábula: ya una flor, ya una diosa, ya la prometida de un Rey, que, en virtud de inescrutables misterios y de virginales amores, han de dar á las gentes un Libertador poderoso.

Pero en la tradición bendita de Israel entreveamos con más viva claridad el secreto de los cielos, revelado por especiales vaticinios. La Flor, el Arca, el Huerto, la Fuente, la Estrella, la Heroína, son siempre el resplandor de una idea sobrehumana, la realidad toda en el símbolo, la luz del día en la aurora. Y es tan dulce el sonido de la lira de los Profetas, hay tanta belleza y colorido tanto en el acento y en las descripciones de los cantores Mesiánicos, que vemos como cruzar la sombra de esa Virgen por las florestas y los valles que los Libros Santos describen, pura y celestial visión que nos deja oír estas palabras:

«En mí está toda la gracia del camino y de la verdad; en mí toda esperanza de vida y de virtud.»

«Venid á mí todos los que me codiciáis, y llenáos de mis frutos; porque mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia más que la miel y el panal.»

«Se hará memoria de mí en las generaciones de los siglos.»

«Los que me coman aún tendrán hambre, y los que me beban aún tendrán sed.»

«El que me escucha no será confundido, y los que obran por mí no pecarán.»

«Los que me esclarecen tendrán la vida eterna (1).»

Tales son las excelencias del pasado de María: frescas auras que anteceden á la salida del sol, y que éste va empujando con movimiento suave y apacible del Oriente al Occidente. Y cuando esa Mujer privilegiada llegó á aparecer sobre la tierra, todas aquellas generaciones bíblicas que la bendijeron y que la figuraron parecieron venir de nuevo á sus tiendas y á sus tabernáculos para cantar el suspirado día que adivinó Abraham y le llenó de gozo (2), y que era ya la plenitud de la ventura y de la vida para la humanidad regenerada.

Todo fué aparentemente humilde en el Nacimiento de María, y, sin embargo, todo era en realidad grande, con la más alta grandeza; todo bello, con la más perfecta hermosura; todo poético, con la poesía más sublime. Cuando levantamos nuestra mirada hacia los personajes que constituyen aquella ascendencia ilustre, nos encontramos con el Rey y con el Sacerdote, ennobleciendo desde muy remotos orígenes la cuna de María, y vemos cruzarse y confundirse, en la serie de muchos siglos, la vara con el cetro, el racional con la co-

(1) *Eccli.*, XXIV, 25-31.

(2) *Joan.*, VIII, 56.

rona, el efod con la espada. Quisieron concurrir allí con su tributo todas las glorias más célebres, y aquella genealogía esclarecida hubo de ejercer tan mágico prestigio sobre los pueblos y las religiones, que el árbol de sus nombres vendría después á ser grabado hasta en las *Suras* del Corán y en la mente del Islamita. La imaginación cree distinguir á Abraham trayendo de la mano á Isaac después de la prueba de su obediencia; á Jacob acercándose con sus hijos, jefes de tribus memorables; á Moisés incorporándose sobre su tumba desconocida en la cumbre del Nebo; á Aarón cubierto de sus sagradas vestiduras y con la vara que floreció en la noche; á David con su corona de Rey y acompañando un salmo de alegría con su arpa; á Salomón con todo el esplendor de su riqueza y sus magnificencias; á aquellos grandes Reyes, en fin, y grandes Sacerdotes, y caudillos intrépidos, que reinaron ú ofrecieron sacrificios, hasta la cautividad babilónica en el antiguo Templo, y en el segundo Templo desde Zorobabel y Esdras hasta los Macabeos y hasta Hircano; y ve formarse entre todos un brillante cortejo que viene á depositar sus homenajes ante las plantas de una Niña, Niña nacida en la obscura Nazareth, mas á la cual reconocen como la vara de la raíz de Jessé, y la Virgen de Isaias, y sobre cuya frente han leído lo inimitable de sus virtudes y lo grandioso de sus destinos.

La naturaleza debió también engalanarse y

sonreír al contemplar aquel natalicio afortunado. La fantasía ve que saltan de gozo ambas Galileas, desde la Idumea hasta el Líbano, y desde Ascalón á Tiberíades. Los mares y los lagos han rizado suavemente sus ondas; las aguas del Jordán se tornan por un día dulces y cristalinas. El Thabor, colocado en medio de aquella región bendita, hace resaltar sus verdorés, y entrega á todos los vientos un cántico eucarístico. Las laderas del Carmelo se han cubierto de lirios; los campos de Sarón esparcen la dulce fragancia de sus rosas; el olivo se mece blandamente en las llanuras de Ramla; suspiran las brisas entre la frondosidad de las vides en las márgenes del Cisón; y en Belén la pequeña y en Jerusalén la majestuosa vienen á concentrarse todos aquellos ecos y aquellas melodías, como el punto objetivo adonde convergieron las miradas de todas las edades, y al que mirarán sin cesar las generaciones de todos los tiempos.

Yo ahora quisiera describiros las hermosuras de la gracia que descende en torrentes de luz sobre la cuna de la Santa Virgen; pero ¡ah! que las gracias de los cielos, los caminos del Altísimo encierran tan escondidos secretos, que ni es dado á la inteligencia humana comprenderlos, ni es dado al labio expresarlos. El serafín, encendido en el amor divino, sólo posee una chispa de la infinita llama de la gracia del Señor, en comparación de la criatura única que habría de ser la Rei-

na de todas las jerarquías de los ángeles. Y era que esa Mujer sin semejante no aparecía sobre la tierra para llenar el destino ordinario de los demás seres inteligentes; era que, no pudiendo concebirse en ninguno de los mundos creados una misión tan grandiosa, ni tan dulcísima, ni tan fecunda como la misión de María, tampoco podía existir un ser formado en el tiempo, tan escogido, tan amado y tan enaltecido como Ella.

Nosotros, Excmo. Señor, no podremos sondear esos piélagos inmensos, ni recorrer esos espacios sin límites de las grandezas de María, primogénita de todas las criaturas en el pensamiento divino, y que vemos amorosamente elegida desde la eternidad para estar presente con Dios, por la sola idea de su futuro ser, y por la preeminencia de sus extraordinarias virtudes en la creación portentosa de todos los mundos (1). Pero yo me atrevería á decir que así como de aquella luz primera, vivísima, universal, maravillosamente hermosa, creada por el Hacedor Supremo, formó

(1) *Prov.*, VII, 23, 31.

Es sabido que el capítulo VIII del Libro de los *Proverbios* refiérese en su sentido literal, ya á la Sabiduría que Dios se digna comunicar al hombre, ya principalmente á la Sabiduría Increada, que es el mismo Dios, ó el Verbo de Dios, Sabiduría del Padre; pero la Iglesia Católica, con los más ilustres Doctores y los más grandes Santos, consideraron siempre que la Santísima Virgen María está admirablemente figurada en este y otros muchos lugares del Antiguo Testamento.

Dios luego el sol, astro rey en el sistema de nuestros planetas (1), así de la sublimidad de los espíritus más favorecidos entre los ángeles fieles, Miguel, *¿Quién como Dios?* Rafael, *Medicina de Dios*; Gabriel, *fortaleza de Dios*; y así de la luz de tantas mujeres admirables de la Antigua Ley, Sara, la soberana; Rebeca, la perfecta; Raquel, la amable y dulce; Noemí, la dolorida; Ruth, la modesta; Judith, la fuerte; Esther, la salvadora; así, repito, del conjunto de todos estos seres, pero más resplandeciente y sublime, fué formada la Inmaculada Virgen, elegida en los consejos de la Trinidad Augusta para ser la Madre del Salvador del mundo.

Apoyadas en las figuras y en los emblemas bíblicos, y más aún en las revelaciones del Evangelio, las piadosas antífonas de la Iglesia Católica presentan á María ante los ojos de nuestra fe como la suave aurora de la que nace el eterno Sol de Justicia; como la prenda segura de una

(1) No es nuestro ánimo hacer aquí una afirmación científica: aceptamos por el momento la opinión más generalmente admitida en la materia. ¿Llegará el día en que las ciencias físicas y naturales descubran la verdad toda acerca de la formación del universo? Inmenso es el afán de los sabios por conseguirlo; y la mayor parte de ellos no llevan, desgraciadamente, otros fines que el de combatir las enseñanzas católicas. Nosotros creemos que, aun en esos órdenes del mundo físico, Dios ha de reservarse secretos que nunca conocerán los hombres en la presente vida.

bendición clemente que perdona la culpa; como la Corredentora adorable que contribuye con sus virtudes y sus méritos á las victorias de la Cruz y á la purificación de las almas Iluminados por la sabiduría y la piedad, ya los Padres y Doctores de los primeros siglos cristianos, entre los cuales sobresalen San Efrén, San Epifanio, San Jerónimo, San Agustín, San Idefonso y San Juan Damasceno, escriben de la Virgen María que Ella es el manantial inexhausto de toda misericordia; la Reina celestial, acompañada siempre de espíritus angélicos, para repartir por ministerio de éstos dádivas y consolaciones; la Estrella refulgente que ilumina sin cesar al entendimiento humilde; la llama que mantiene en los corazones rectos el incendio de los amores místicos, y el fuego de la caridad para con el infortunado y el pobre. ¡Oh Madre mía! Permíteme que al apartar ahora mis meditaciones del Misterio que hoy veneramos, mi mente, remontándose con el sereno vuelo del dogma, alentada con tus bondades, excitada por la gratitud, salude una vez más el día de tu natalicio. Sabemos bien que en las esferas sobrenaturales, Tú habrás de iluminar siempre los senos de la razón humana, porque eres Madre de Aquel en quien reside la Verdad Infalible, y el Verbo del Señor se dignó hacer de Ti el Trono de su Sabiduría: sabemos que con la huella de tus pasos y con los aromas de tu devoción y de tu culto vas sembrando por todas par-